

presentación

Durante el transcurso de su vida Pablo Neruda ha mantenido diversos lazos con la Universidad de Concepción.

Enclavada a medio camino entre el mundo de la infancia del poeta —la zona de la Nueva Araucanía— y el ámbito de su adolescencia santiaguina, esta Casa de Estudios no sólo fue el lugar de algunos tránsitos fugaces, sino morada intermitente adonde el poeta solía llegar invitado por las autoridades universitarias, por la Federación de Estudiantes o por los Centros de Alumnos de Escuelas e Institutos.

Más de un auditorio, muchas aulas recibieron y extendieron el sonido de su voz, la presencia irradiante de su poesía.

Pero hay lazos más profundos, que perduran más allá del instante. La publicación, en los primeros años de la revista Atenea, de algunos textos nerudianos, está mostrando que desde temprano en la trayectoria poética de Neruda hubo contactos entre él y esta Universidad. Huellas de El hondero entusiasta, los poemas más hermosos de Residencia en la Tierra han quedado prendidos a las páginas de Atenea en los decenios del 20 y del 30. El mismo poeta recordó en una ocasión con qué ansia recibía, en las lejanas soledades de Oriente, el mensaje de tinta y de madera que le llegaba en el cuerpo frágil de nuestra revista universitaria.

En 1966 se honró al gran autor del Canto General confiriéndosele el Premio Especial Atenea de la Universidad de Concepción. Nos sumábamos así al conjunto de homenajes que, en todas partes del mundo, le habían tributado los organismos superiores de cultura. Había en esto, dicho sea de paso, una justa reciprocidad. Pues lejos de establecer, como tantos poetas intuitivos de nuestro medio, una pug-

na de inconciliables entre universidad y poesía, Neruda siempre consideró los centros académicos como una alta expresión del hacer social, como otra forma de bregar por el engrandecimiento del hombre.

Por tanto, si bien en lo anecdótico, en el hecho contingente pudo sorprender a la Universidad la designación de Pablo Neruda como Premio Nóbel de Literatura 1971, no la sorprendió en el sentido cabal, el que atañe a la dimensión cultural del acontecimiento.

No sorprendió a la Universidad de Concepción en general ni, en particular, al Departamento de Español —su órgano especializado en este caso—.

Casi desde la misma fundación de este Departamento, profesores como Alfredo Lefebvre, Gonzalo Rojas, Gastón von dem Bussche, Jaime Giordano y, en distinto registro de conocimiento del idioma, René Cánovas, impulsaron el estudio de la poesía lírica chilena. De este modo, ampliaron y expandieron el eco natural de nuestra gran literatura, creando una tradición de estudio en la que el actual Premio Nóbel tiene su puesto junto a la gran iniciadora, Gabriela Mistral.

Es este modesto resultado el que aquí recogemos.

Más que un homenaje de circunstancia, a menudo convencional o improvisado, hemos querido retener este esfuerzo de madrépora en que, grano tras grano, se ha ido construyendo una visión de la poesía de Neruda.

Cierra esta colección de ensayos el trabajo de la profesora francesa Françoise Pérus que, aunque no originado propiamente en el Departamento de Español, consideramos de interés publicar.

Jaime Concha.

